

prueban claramente, que él no ha pensado jamás en lo que la gracia y el Espíritu Santo revelan á los que están versados en la ciencia del Cristianismo.

N. 19. »Os reís de los Egipcios, nos dice Celso; pero con todo es preciso confesar, que los emblemas que ellos proponen, no tienen nada de ridículos; antes por el contrario son las ideas eternas, y no de los animales efímeros, que son objeto de su culto. Por lo que hace á vosotros, bien se ve, que todo lo que decis acerca de vuestro Jesus, está vacío de sentido común; ni todo ello es mas noble que los mas viles animales del Egipto.«

No se puede negar, ó Filósofo aventajado, que te sobra la razon para encarecer los emblemas de los Egipcios y sus misteriosas alegorías sobre los animales. Pero ¿tienes por ventura igual fundamento para asegurar, que todo quanto nosotros decimos es miserable y extravagante, siendo así que enseñamos á los Christianos perfectos, lo mas profundo de la sabiduría del Cristianismo? »Nosotros predicamos, dice Pablo, la sabiduría á los perfectos, no la sabiduría del siglo, ó de los Príncipes del siglo que perecen; sino la sabiduría escondida en el misterio de Dios, que fue preparada por él mismo antes de los siglos para gloria nuestra, y que ningun Príncipe de este siglo ha conocido.« (1. Cor. 2.)

N. 20. Pregunto, pues, ahora á los partidarios

de Celso: Si Pablo no hubiera conocido la verdadera sabiduría, ¿hubiera prometido predicarla á los perfectos? Si Celso tiene atrevimiento para sostenerlo, le diré, que lea sus Epístolas, en particular á los Efesios, á los Colosenses, á los Tesalonicenses, á los Filipenses y á los Romanos; y que pruebe despues de haberlas penetrado bien, que en ellas se encuentran cosas ridículas y absurdas. Lo cierto es, que el que las haya examinado con atencion, admirará que el Apóstol supiese explicar las cosas mas sublimes en el estilo mas sencillo: de lo contrario daria motivo para que se burláran de él.

N. 21. No hablaré yo de todo lo que es digno de notarse en los Evangelios, los quales encierran en sí sentidos ocultos y profundos, no solamente para los sencillos, sino tambien para los mayores ingenios. Jesus proponia sus misteriosas parábolas á la muchedumbre, y las interpretaba en particular á sus Discípulos. Pero no es este lugar oportuno para quitar la corteza con que están cubiertos unos misterios augustos y divinos, así en el Evangelio, como en los escritos de Pablo. Basta lo que hasta aquí hemos dicho, para confundir á un temerario Filósofo, que no tiene vergüenza de comparar nuestros misterios con el impío y extravagante culto de los gatos, de los micos, de los cocodrilos, de los machos de cabrio y de los perros.

N. 22. hasta el 38. Desde el número 22 hasta el

38, para responder á Celso, entra Orígenes en relaciones bastante menudas acerca de los Héroes y Dioses de la idolatría: convenia que así lo hiciese, porque hablaba con Paganos. Nosotros, por la razon contraria, las pasamos en silencio. Mas puesto que Celso oponia estos pretendidos Dioses, su historia, sus oráculos y sus prodigios, á la divinidad, á la historia, á los oráculos y prodigios de Jesus; se hace preciso que presentemos el resultado de la refutacion de Orígenes, con el extracto de las razones que alega, para justificar la fe en Jesu-Christo.

Para completar Celso el insulto y la derision, opone á Jesus los Héroes y Dioses del Paganismo, Cástor, Pólux, Esculápio, Hércules, Baco, Antínoo. Sus excesos y sus infamias son muy sabidas de todos; quando los mortales enemigos de Jesus, ni siquiera han podido hallar jamás en él sombra de vicio. Las fábulas de esos Dioses, sus ridículos prodigios, sus engañosos y equívocos oráculos, ¿podrán, pregunto, sostener el paralelo con la historia de Jesus, escrita por hombres sencillos y religiosos, testigos oculares de todo quanto refieren; cuya buena fe, que está tan de manifiesto en sus escritos, ha sido acrisolada del modo mas fuerte, puesto que padecieron los mas crueles suplicios, y murieron, para de este modo sellar con su propia sangre la verdad de los hechos que nos han trasmitido? Los milagros de Jesus, que ellos vieron y

atestiguáron, ¿no los vemos tambien nosotros probados y justificados por medio de los milagros que tenemos á la vista? Porque entre la muchedumbre de Griegos y Bárbaros, que confiesan la divinidad de Jesus, hay muchísimos, los cuales con solo invocar el nombre de Dios y de Jesus, curan toda especie de males, que ni los hombres ni los Demonios han curado.

Por otra parte, los prodigios atribuidos á vuestros Dioses, además de no tener por fiadores sino á unos Autores desacreditados por sus mentiras, se ve que carecen de objeto, y no son de utilidad alguna á los hombres. Pero los milagros de Jesus, independentemente de la curacion de los cuerpos, han sido obrados para persuadir á los hombres, á que recibiesen su doctrina, aquella excelente doctrina, que tiene por objeto el inspirar la piedad y la conversion de las costumbres.

¿Y tendréis valor para comparar vuestros Oráculos con ese prodigioso número de Profecias, que con tanta anticipacion anunciaban á Christo, de suerte que todo el Pueblo Judío estaba en esta expectativa quando nació Jesus? Unos lo reconocieron por el Mesías que los Profetas habian prometido: otros, despreciando su inalterable dulzura y la de sus Discípulos, cometieron contra él atentados, que sus Discípulos no han temido transmitirnos con su acostumbrada ingenuidad; no obstante que veían, que habria quien nos

diese en rostro con ellos, y pretendiese hacerlos pasar por el oprobio del Christianismo. Pero Jesus quiso, y este es tambien el espíritu de sus Discípulos, que los que abrazasen el Christianismo, no se dexasen llevar tanto de su divinidad y de sus milagros, que perdiesen de vista su humanidad y sus abatimientos, que tambien concurren con su divinidad á la salvacion del mundo. Nosotros sabemos muy bien, que en Jesus comenzó la union de la naturaleza humana con la naturaleza divina; á fin de que la humanidad fuese en algun modo divinizada, no solamente en Jesus, sino tambien en todos aquellos, que con su Religion abrazan la vida que él mismo ha enseñado, y que hace merecedores de la amistad y union con Dios mismo, á todos aquellos que arreglan sus costumbres á las máximas de Jesus.

Dios, que envió á su Hijo, hizo que su Evangelio fuese recibido en todo el universo, para de este modo obrar por todas partes aquella admirable mutacion de costumbres. Casi todos los hombres, excepto los Christianos, ¿no se ve que son supersticiosos ó corrompidos? Las Iglesias de Dios, instruidas por Christo, comparadas con los Pueblos donde están establecidas, resplandecen como los astros en el mundo. ¿Y quién no confesara, que aun los últimos Christianos, los mas imperfectos, son superiores al prodigioso número de los que vemos en las asambleas populares?

La Iglesia de Atenas, por exemplo, es apa-

cible y está bien arreglada, sin que tenga otra ambicion que la de agradar á Dios: pero la asamblea de los Atenienses no respira sino turbacion y sedicion, y no tiene asomos de conformidad con la Iglesia. Lo propio podemos decir de las Iglesias de Corinto y Alexandria, comparadas con las asambleas populares de estas dos Ciudades. Comparad tambien el Senado de la Iglesia de Dios con el Senado de cada Ciudad: y veréis que los miembros de nuestro Senado son verdaderamente dignos de gobernar la ciudad de Dios, pero que nada hay en las costumbres de vuestros Senadores, que corresponda á la eminencia de sus puestos. Y si opondis los Prelados de cada Iglesia á los primeros Magistrados de las ciudades, os convenceréis de que los primeros (y entiendase esto aun de los que entre nosotros son tenidos por menos virtuosos) llevan considerables ventajas á todos los que los gobiernan. ¿Y todavia no reconocéis por estas señas la divinidad de Jesus?

N. 38. «Vuestra adhesion al Christianismo, nos dice Celso, tiene precisamente su principio en una fe ciega.» Mas valia que la llamase una fe dichosa, porque tal es en efecto la fe de la muchedumbre de los Christianos, así como una fe desgraciada es el patrimonio de los adoradores de los Dioses.

Por lo que hace á una fe racional é ilustrada, es cierto que no se encuentra sino en un corto

número de nosotros. Pero ¿por ventura negarán los Griegos la influencia de la felicidad y de la desgracia sobre las opiniones y sobre la sabiduría? Sus mas acreditados Filósofos, ni tendrian la celebridad que tienen, ni aun quizá serian Filósofos, si no hubieran tenido la fortuna de recibir una buena educacion, y de ser instruidos por excelentes Maestros. ¡Y cuántos son tambien los que, teniendo una alma del mismo temple, jamás han podido remontarse, porque desde la infancia vivieron en la esclavitud, y estuvieron sujetos á las pasiones de unos Maestros disolutos! Esta felicidad ó esta desgracia provienen indubitablemente de la Providencia; la qual nada dispone ó permite sin razones dignas de su sabiduría; pero no es facil que el hombre las penetre.

N. 39. Es constante, y nosotros mismos lo confesamos, que nuestra fe es un efecto de nuestra felicidad, esto es, de la bondad de Dios, y que ella es la causa de nuestra adhesion á Jesu-Christo. ¿No debia tambien pareceros á vosotros legítima y digna de alabanza? Nosotros creemos en el Dios del universo, y tributandole gracias por el dón de la fe, confesamos que sin él no hubiera Jesus podido emprender ni consumir esta grande obra. Damos crédito á los Autores de nuestros Evangelios; somos arrastrados de sus sentimientos de Religion, de su sinceridad, de su candor, calidades que se manifiestan por todas partes, y que no permiten que se sospeche arti-

ficio, ficcion ó impostura de parte de ellos. Unos hombres que ni siquiera tenían una superficial noticia de las ciencias Griegas, ni de aquella sutil y astuta sabiduría, que sabe aplicar tan diestramente los colores de la verdad, ni de aquel arte de hablar tan poderoso; unos hombres, repito, de esta especie no eran capaces de inventar el Christianismo, de hacerlo creer, ni de hacer que fuese practicado. Yo por mi parte estoy persuadido, de que Jesus eligió para Heraldos de su Religion á unos hombres de esta especie, á fin de que no pudiera sospecharse que estaba fundada sobre la razon y sabiduría humana; sino que se viese por el contrario, que su candor y sencillez, auxiliada del cielo, habia executado lo que la ciencia, el arte y la eloquencia de los Griegos hubieran intentado en vano.

N. 40. Así es como nuestra fe, que nada tiene que no sea conforme á la luz natural, desengaña á los que la reciben con docilidad. Pues aunque una falsa y perversa doctrina haya podido persuadir á un número considerable de hombres, á que adoren simulacros como si fueran verdaderos Dioses, y tributen culto religioso á unas obras de oro, plata, marfil y piedra; con todo eso el sentido comun se opondrá, y nos dicta á todos, que una materia corruptible no es posible que sea un Dios; que Dios no podría ser honrado como corresponde en aquellas figuras inanimadas, baxo las quales pretenden los hombres

representarlo; y finalmente que todo lo que sale de la mano del hombre no puede tener afinidad ni proporcion con el Dios que ha criado, mantiene y rige al universo. Quando el alma racional se pone á reflexionar que ha sido criada á imágen y semejanza de Dios, abjura todos esos falsos Dioses, y siguiendo la inclinacion de su naturaleza, adhiere al Criador de todos los seres, que es el que nos ha enseñado estas verdades por medio de sus Discípulos, á quienes comunicó su poder, y les encargó que predicasen el Evangelio de Dios y del reyno de los cielos.

N. 41. y 42. Celso repite el cargo, que tantas veces nos ha hecho, de que adoramos á un Dios que tiene un cuerpo mortal. Ya le hemos respondido en otra parte; sepan ahora solamente nuestros calumniadores, que ese mismo Jesus, á quien creemos Dios desde el principio, é Hijo de Dios, es la misma razon, la misma sabiduría, la misma verdad; que el cuerpo mortal y el alma humana que tomó, se le unieron tan perfectamente, que se hicieron participantes de la divinidad; y que su cuerpo, por haberlo querido así la divina Providencia, se despojó de todas las calidades imperfectas y mortales, y se revistió de celestiales y divinas.

Si hay alguno, á quien se le haga increíble lo que decimos del cuerpo de Jesus, consulte á los Griegos que le enseñarán, que la materia por sí carece de calidades, es indiferente para todas,

susceptible de las que Dios tenga por conveniente darle, y siempre dispuesta á mudar de ellas. Por lo demás, bien se ve que Celso no habla como Filósofo, quando dice que la carne de Jesus es más corruptible que otras muchas materias, como por exemplo, el oro y la plata; porque en esta parte no puede haber más ni menos, sino que ó bien las cosas han de ser absolutamente incorruptibles, ó no lo han de ser de ningún modo. En quanto al cuerpo, debemos decir que no es impuro, porque el que dice impuro, dice alguna cosa viciosa, y el cuerpo nada de eso tiene (a).

N. 43. Vosotros, dice Celso, os burláis de los adoradores de Júpiter, porque se manifiesta su sepulcro en Creta; y adoráis á Jesus, que también fue encerrado en un sepulcro; Celso cree por nuestras Escrituras, que Jesus murió y fue puesto en un sepulcro; por consiguiente debia también creer en ellas, quando refieren, que Jesus salió del sepulcro lleno de vida; lo que los Cretenses jamás han dicho de su Júpiter. Será posible que mire como fabula una resurreccion, predicha por tantos Profetas, y manifestada por el mismo Jesus, que despues

(a) Celso repite aquí ob- lo menos á nuestros Lectores el número considerable de repeticiones y superfluidades. Parece justo excusar, por

de su muerte se dexó ver de un considerable número de personas?

N. 44. Nuestro sistema, segun Celso, es no recibir entre nosotros sino á los ignorantes y apocados; porque miramos la sabiduría, la prudencia y la erudicion como si fueran otros tantos vicios: con lo que venimos á confesar, que nuestro Dios no es digno sino de los hombres mas despreciables, y que ni queremos ni podemos tampoco seducir sino á mugercillas, niños, esclavos é insensatos.

Es preciso responderle ante todas cosas, que la doctrina de Jesus es tan sábia y tan sublime, que proscribe el mero deseo del crimen como el crimen mismo; y si se hallasen algunos Christianos de una vida poco arreglada, sería sin duda muy justó, que se les condenase: mas no por eso dexaria de ser una injusticia acusar al Evangelio, que reprueba severamente todos los vicios.

N. 45. Confundamos esta impostura, y demostremos que la sabiduría ha sido mirada siempre con honor entre nosotros, y que jamás hemos dexado de recomendar su estudio. Sacarémos la prueba de los libros de los Judíos, de que nos servimos como ellos, y de los libros que se han escrito despues de la venida de Jesu-Christo, que nuestras Iglesias miran como divinos.

David le dice á Dios en el Salmo cincuenta: *Vos me habeis manifestado los secretos de vuestra sabiduría.* Efectivamente, no se puede negar,

que los Salmos encierran una multitud de máximas muy sábias. Salomón le pidió á Dios la sabiduría, y la obtuvo. En sus escritos vemos señales de aquella sabiduría divina, y hallamos las mas sublimes sentencias explicadas en pocas palabras. Salomón escribió tratados sobre todas las plantas desde el cedro del Líbano hasta el hisopo, y sobre todos los animales terrestres, páxaros y pezes: excedió á todos los hombres en sabiduría; venian de las extremidades de la tierra á testificarse, y volvian con admiracion; porque se veía, como dice la Reyna de Sabá, que su sabiduría era infinitamente superior á su fama.

Tambien nuestra doctrina supone Sábios entre los fieles, puesto que se oculta baxo el velo de los enigmas, alegorias y parábolas. «El sábio, el inteligente, dice el Profeta Oséas, comprehenderá y penetrará las maravillas que acabo de anunciar.» (Osé. 14.) Daniél y sus compañeros en el cautiverio hicieron tales progresos en las ciencias de los Caldéos, que eran diez veces mas sábios que todos los demás. (Dan. 1.)

N. 46. Si recurrimos á los libros del Nuevo Testamento, veremos que Jesus propone solamente parábolas á la muchedumbre, y que las explica en particular á sus Discípulos, como á herederos de su sabiduría. Por otra parte, promete que enviará Sábios y Doctores, á los que creyeren en él. (Matt. 23.)

Quando Pablo hace numeracion de los dones

de Dios, pone á la frente de todos el dón de sabiduría, luego el dón de ciencia, y en tercer lugar la fe: despues nombra el dón de los milagros y de las curaciones, como inferior á los dones espirituales. (*I. Cor. 12.*)

El Martir Estevan, que sin duda lo habría leído en algunos libros antiguos, nos asegura que Moysés fue instruido en todas las ciencias Egipcias: por lo que el Rey Faraón, en vez de aplicar á Dios los prodigios de Moysés, los atribuía á aquellas ocultas ciencias. Así es que mandó venir á sus Encantadores y sus Mágicos: pero luego se hizo patente, que la sabiduría de los Egipcios no era sombra siquiera de la de Moysés.

N. 47. Es muy verisímil, que lo que Pablo dice (*I. Cor. 1.*) acerca de los Griegos, engreídos con su saber, ha dado motivo á que se creyera, que los Sábios estaban excluidos de nuestra Religion. Pero si se atiende al texto del Apóstol, se verá claramente, que su censura no recae sino sobre los que desprecian el estudio de las cosas espirituales, invisibles y eternas, y no se emplean sino en objetos terrenos y materiales, colocando en ellos la suma felicidad. Por este motivo los llama *Sábios de este mundo*; y llama tambien *Sabiduría de este mundo*, sabiduría vana é insensata, á la que se limita al cuerpo y á los sentidos, y nada ve ni admite que exceda las facultades de estos. Por el contrario, da el nombre de *Sabiduría de Dios*, á la que eleva al

alma hasta el reyno de los cielos, y le enseña á despreciar como caduco y perecedero todo aquello á donde alcanzan los sentidos, á no estimar sino lo que es superior á ellos, y á no contemplar sino lo que es invisible.

Pablo, amante de la verdad, dice hablando de algunos Sábios Griegos, que »Dios se les ha dado á conocer, y que las perfecciones invisibles de Dios, su eterno poder y su divinidad, »se han hecho sensibles y manifiestas por medio »de sus obras; de suerte que estos Sábios son »inexcusables, porque habiendo conocido á Dios, no »lo han glorificado como á Dios, ni le han tributado gracias.« (*Rom. 1.*)

N. 48. La mala inteligencia del pasage siguiente de Pablo, ha quizá contribuido tambien á que se creyera, que nosotros no admitiamos jamás á Doctos ó Sábios. »Considerad, hermanos míos, »dice Pablo, cuál es vuestra vocacion. No hay »entre vosotros ni muchos sábios segun la carne, »ni muchos ricos, ni muchos poderosos; sino que »Dios ha escogido los necios segun el mundo, »para confundir á los sábios; ha escogido los »debiles segun el mundo, para confundir á los »fuertes: ha escogido lo que era vil y despreciable segun el mundo, y lo que no era, para »destruir á lo que es; á fin de que de este modo ninguna carne se glorifique en su presencia.« (*I. Cor. 1.*)

Notese, que Pablo no dice: *no hay ningun*

sábio segun la carne, sino, no hay muchos. Entre las calidades que debe tener un Obispo, cuenta la ciencia, porque un Obispo debe estar en estado de convencer á los que se oponen á la sana doctrina, y de tapar la boca, así á los frívolos sofistas, como á los seductores. (I. Tit. 1.)

Luego Celso no tiene fundamentó para decir, que ningun docto, ningun sábio, ningun hombre racional se arrima á nuestra creencia: antes por el contrario todos los doctos, todos los sábios, todo hombre racional en una palabra viene á nosotros con confianza; verdad es que el ignorante, el niño y el insensato se atreven á venir del mismo modo: porque nuestra Religion promete curarlos á todos, y hacerlos á todos dignos de Dios.

N. 49. Tambien es falso que los Predicadores del Evangelio no quieren persuadir sino á insensatos, á hombres de las hezes del pueblo, á simples, esclavos, niños y mugercillas. Es cierto que el Evangelio llama á todas estas personas para corregirlas; mas no las llama con exclusion de las demás. *Christo es el Salvador de todos los hombres; y principalmente de los fieles.* (I. Tim. 4): nada importa que sean sábios ó dexen de serlo. Esto supuesto, es en vano que nos detengamos á responder á Celso, que nos dice: «El que tiene instrucción, el que ha cultivado sus talentos por medio de los mejores estudios, en una palabra el que es sábio y lo parece, ¿qué tie-

«ne por eso de malo? ¿Le servirá su instrucción de impedimento para conocer á Dios? ¿No será este por el contrario un socorro para hallar la verdad?»

No hay duda, que la ciencia no es ningun mal; pero ni aun los Sábios Griegos honraban con el nombre de ciencia á unos dogmas falsos y perversos. ¿Quién puede negar que es un bien el cultivar los talentos por medio de los mejores estudios? Pero ¿puede por ventura haber excelentes estudios, sin que tengan la verdad y la virtud por objeto? Es ciertamente muy bueno ser sábio, pero no lo es el parecerlo, por mas que diga Celso. En una palabra, la ciencia, la sabiduría, los mejores estudios no sirven de obstáculo al conocimiento de Dios; antes bien allanan el camino para llegar á él: por lo demás, mucho mas propio de nosotros es este language, que no de un Epicuréo como Celso.

N. 50. «Jamás vemos, continúa, que estos truhánes que andan divirtiendo al pueblo por las plazas públicas, se introduzcan en concurrencias de personas circunspectas, á usar de sus truhanerías; mas en viendo en qualquiera parte algun corrillo de muchachos, esclavos y hombres sin sentido comun, corren allá precipitadamente, confiados de que van á atraerse los aplausos de todos ellos.»
 ¿Qué comparación tan de mala ofe! ¿Y cuán fuérá de tiempo! ¿Hay por ventura entre noso-

tros nada, que se parezca á la truhanería ó al charlatanismo? ¿Se puede graduar de tal la lectura y explicación que hacemos de nuestras Escrituras, para persuadir á los hombres el amor al Dios del universo, y las demás virtudes, que de consuno con esta deben reynar en nuestros corazones, ó para apartarlos del desprecio de la Divinidad, y generalmente de todo lo que es opuesto á la recta razon? ¿No vemos que los Filósofos desean tambien como nosotros tener oyentes, quando disertan sobre la beneficencia? ¿No es tambien costumbre de los Cínicos hablar en público, y buscar oyentes entre la muchedumbre del pueblo? Bien podrá Celso comparar á todos estos con los truhánes de nuestras plazas; pero lo cierto es, que no se les puede formar un crimen por el zelo que manifiestan en instruir á un populacho ignorante.

N. 51. Mucho menos por consiguiente se nos puede acusar á nosotros. Quando los Filósofos hablan en público, no escogen sus oyentes, sino que todos tienen libertad para venir á escucharlos; mas no así los Christianos, los quales sondean, quanto es posible, los corazones de aquellos que se presentan deseosos de oírlos. Los preparan primero en particular, y antes de darles entrada en sus asambleas, se aseguran de que están suficientemente radicados en la resolución de vivir bien. Luego ya los admiten, pero los distinguen en dos clases; una de los principiantes que todavía

no han recibido el símbolo de la purificación; y otra de los que ya han dado pruebas inconcusas de que nada harán que no sea digno de un Christiano. Entre estos últimos se eligen personas que observen la conducta de los que son recibidos, aparten de la asamblea comun á los que son culpables de algun crimen, y admitan y traten con dulzura á los que llevan una vida irreprehensible; en una palabra, que de cada dia los vayan haciendo mas perfectos. Estos son los hombres que Celso compara con los truhánes, cuya única profesion es hacer reír al pueblo.

Los Pitagóricos erigian Cenotáfios á los desertores de su respetable escuela, y los contaban ya en el número de los muertos. Los Christianos lloran tambien como muertos á Dios, á aquellos Christianos, á quienes la impureza ó alguna otra pasión ha vencido; y si bien es cierto que miran su vuelta á la virtud como una verdadera resurrección, sin embargo los reciben con mayor dificultad que la vez primera, y no los elevan á honores algunos; ni jamás confían cargo alguno de la Iglesia de Dios, al que se ha dexado vencer despues de haber hecho la profesion de Christiano.

N. 52. Ya ves claramente, quán calumniosa es la imputacion de Celso, y quán absurda su comparación. Él á la verdad no tiene otro objeto, que propararse en invectivas, y vomitar injurias, á semejanza de aquellas mugeres de las heces del